





LAS CENIZAS DEL ALBA  
LA AGONÍA DEL SILENCIO I



María del Carmen Martínez Sandoval

LAS CENIZAS DEL ALBA  
LA AGONÍA DEL SILENCIO I



Primera edición: enero 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© María del Carmen Martínez Sandoval

ISBN: 978-84-19151-02-5

ISBN digital: 978-84-19151-03-2

Depósito legal: M-2357-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A Víctor: mi sabio y esforzado mentor, y Mamen: mi  
espléndida y crítica lectora.  
A Paola, por su cariño, apoyo e impulso a mis obras.*





Mi reino vivirá mientras  
estén verdes mis recuerdos.  
Cómo se puede no hablar  
de todo aquello.  
El viento no escucha. No  
escuchan las piedras, pero  
hay que hablar, comunicar,  
con las piedras, con el viento.

JOSÉ HIERRO



—¡María, despierta!

—¡Rosario!, ¿qué pasa?

—Estabas gritando, debías de tener una pesadilla.

—Sí, desde hace varios meses tengo todas las noches la misma pesadilla, me encuentro en una plataforma suspendida en el aire, solo con una pared a mis espaldas y una escalera de caracol al fondo vagamente iluminada por unos estrechos ventanales que reflejan como leves sombras suspendidas en el tramo de escalera visible. La postura de mi cuerpo es extraña, unas veces con la espalda y la cabeza curvadas, casi rozando las rodillas encogidas sobre el pecho, otras me encuentro fuera de él y angustiada lo observo todo con los brazos extendidos golpeando en el aire.

—¿Siempre es igual?

—En ocasiones intento levantarme y no puedo o deseo hablar pero mis labios están cerrados, hay un silencio desgarrador en todos los sueños.

—Solo son sueños, debes olvidarlos e intentar dormir. Mañana hablaremos de lo que te está ocurriendo, si quieres me quedo contigo hasta que te duermas.

—Rosario, no es necesario, buscaré mi cajita mágica y todo desaparecerá.

María sabía lo que estaba sucediendo, no necesitaba que nadie se lo dijera. Desde niña las preguntas no contestadas se habían aferrado a su vida, al principio todo parecía un juego donde sus padres se escondían y esperaban que ella los encontrara, pero los años iban pasando y el juego se convirtió en el silencio de las preguntas muertas y fue a partir de ese momento cuando las pesadillas se adueñaron de ella, llamaban a su puerta para mostrarle la necesidad de recuperar su pasado. Siempre despertaba con la sensación de que los silencios eran víctimas de los golpes a la historia de los

vencidos. Las primeras pesadillas hacían brotar sus lágrimas y le hacían recordar el día en que Pablo se sentó frente a ella para decirle que eran exiliados, pero no para siempre.

—María, cuando volvamos recuperaremos a nuestros seres queridos, siempre que tengas ganas de llorar recuerda estos versos del poeta León Felipe:

«Toda la luz de la Tierra  
la verá un día el hombre  
por la ventana de una lágrima».

—¿Qué puedo hacer con unas lágrimas tan pequeñas? —se preguntaba constantemente hasta encontrar la solución—. ¡Ya está!, vaciaré la diminuta cajita donde guardo mis pendientes y en ella iré dejando lágrimas, y un día se formará una gran lágrima y se abrirá una ventana y un suave resplandor se llevará la noche y el viento llamará a mi madre.

María sabía que cuando amanecía todo regresaba a su estado normal: Rosario preparando los desayunos, Arlette iniciando las tareas de la casa y Pablo esperando que todas se sentaran a la mesa. Pero este día parecía diferente, al llegar a la cocina ya habían desayunado los demás, solo Rosario esperaba para preguntar.

—María, ¿te pongo ya el desayuno?

—Sí, Rosario. ¿Dónde están Arlette y Pablo?

—Arlette ya ha empezado con sus ocupaciones, y Pablo se marcha de viaje y está haciendo su equipaje, sabe que has pasado mala noche y no ha querido que te llame.

—No te preocupes, Rosario, cuando termine iré al despacho a despedirme de él. ¿Le has contado lo que pasó anoche?

—Sí, María, es un problema que nos concierne a los tres y aunque no lo demuestre se siente muy afectado por lo que te está pasando, sabe que necesitas conocer tu identidad, pero también es consciente de que su investigación puede alertar a los agentes que intentan averiguar el paradero de tus padres.

—Comprendo las precauciones de Pablo, es de suponer que si los agentes consiguen localizarme me utilicen para intentar llegar hasta ellos.

—Entonces debes tratar de tener paciencia.

—Lo sé, Rosario, pero no puedo controlar mis sueños. Todos los días me levanto con intención de hacerlo, me acuesto leyendo o escuchando música, pero al quedar dormida la pesadilla vuelve a presentarse cada vez con más fuerza.

—¿Siempre se representa igual?

—No, en ocasiones me encuentro en el centro del espacio flotante, mirando hacia la escalera, y al intentar subirla aparecen grandes obstáculos que obstruyen el paso o una extraña niebla que lo cubre todo.

—Bueno, María, creo que deberíamos olvidar los sueños y volver a la realidad.

—Tienes razón, Rosario, será mejor que vaya al despacho a despedirme de Pablo.

Antes de llegar a tocar la puerta Pablo la invitó a pasar:

—Adelante, María.

—Eres adivino, Pablo.

—María, aún puedo distinguir tus pasos, vamos, siéntate, tengo que hablar contigo.

—¿Qué ocurre?

—Tengo que ir a Toulouse, cierran el Hospital.

—Bueno, ¿tan grave es?, ¿qué importancia puede tener ese hecho para nosotros?

—Mucha, el Hospital Varsovia fue creado en 1944 por varias asociaciones de exiliados para atender a los guerrilleros españoles heridos en la Resistencia que padecieron la operación «Reconquista de España».

—Y ahora ¿por qué lo cierran?

—Ya tenían previsto que a partir de 1950 se llevaría a efecto la ilegalización de todas las organizaciones comunistas españolas en Francia. Mi estancia allí será corta, procura distraerte y mantenerte lo más activa posible. Hay muchas cosas que puedes hacer para alejar de ti esas pesadillas que te atormentan, todas las tenemos y la vida sigue, a pesar de ellas siempre queda un hálito de esperanza que nos ayuda a seguir adelante.

—Vale, Pablo, por favor, lleva cuidado...

Doblada sobre la barandilla del balcón María observaba la salida de Pablo a la calle Lafayette. Por un momento su mirada cambió de dirección hacia la mesa del despacho de Pablo, en ella aún se podía distinguir la revista que pocos días antes había recibido: *Mujeres antifascistas españolas*.

Ahora que lo veía marchar hacia la calle de Chabrol, próxima a Lafayette, María recordaba la regañina de Pablo a Arlette, cuando esta tuvo el atrevimiento de explicarle a ella, cuando tenía catorce años, que allí tenía su oficina técnica el asesor militar Karol Swierczewski, más conocido con el nombre de «Walter».

Jamás había podido llegar a saber lo que había de real en las confidencias de Arlette. A partir del enfado de Pablo Arlette se evadía de cualquier pregunta sobre temas políticos.

Las preguntas contenidas y ocultas durante largo tiempo trataban de ascender infinidad de veces para volver de nuevo a dormir en lo más hondo de sus pensamientos. De pronto, su voz, con un sonido aflautado propio del temblor, la ansiedad y la prisa por romper el muro al que estaba sometida, brotó espontáneamente:

—¡Viva! ¡Por fin!

Muchas veces se había planteado el modo de iniciar la investigación que le haría reconstruir los años transcurridos hasta los diecinueve, los más oscuros y errantes de su existencia. Para ello, debía empezar por convencer a Rosario para que la pusiera al corriente de lo que ocurría en casa de Pablo antes de que ella llegara, a los cuatro años, su relación con la familia y los motivos que provocaron el exilio.

Dispuesta a no perder ni un minuto, inició un rápido recorrido por las estancias de la casa, a derecha e izquierda hasta llegar a la cocina. Rosario se encontraba en ella organizando la compra; María, desde el quicio de la puerta, la mira pensativa, su vida estaba tan unida a ella como a Pablo. Llega hasta ella y la besa y abraza fuertemente.

—Niña, ¿qué pasa, por qué estás tan contenta?

—Vamos, mamita, tenemos que hablar.

—Pero, María, tengo que cocinar.

—No, hoy no, nos marchamos a comer fuera.

—Si no quieres que cocine no lo haré, pero nos quedamos aquí.

Arlette tiene el día libre, nosotras podemos hablar sin interrupciones, hace tiempo que yo también deseaba charlar contigo.

La sonrisa que caracterizaba siempre su rostro había desaparecido y un temblor intermitente encogía aún más su cuerpo, al sentir como falsas las caricias de María.

La entrada de Arlette corta de momento la conversación, dando tiempo a Rosario para recuperarse.

—Me marchó, hasta mañana.

—Adiós, Arlette —respondieron a dúo.

Arlette las miró detenidamente, la rapidez con la que habían contestado le sugería que debía salir con prontitud, y así lo hizo. Su cuerpo delgado y ágil se movió hacia la puerta, mientras una sonrisa burlona aparecía en sus finos labios antes de responder:

—Salud, amigas.

Las dos rieron al contemplar el gesto pícaro de Arlette, el susurro de unas palabras ininteligibles y los pasos acelerados con los que trataba de desaparecer.

—Pero bueno, ¿quién la persigue?

—Tú, María, que la llevas acosada a preguntas. Sabes que no puede desobedecer las órdenes de Pablo, aunque no comprenda su decisión.

—¿No crees que ya tengo edad suficiente para conocer la parte de mi historia que con tanto celo estáis ocultando?

El cansancio reflejado en el rostro de Rosario no impedía el movimiento de las manos, retorciendo una y otra vez el pequeño pañuelo que siempre llevaba en el bolsillo.

—Sí, María, sin duda tienes razón. Entiendo que este oscuro silencio, desde hace algunos años, haya afectado a tu vida, pero hay motivos suficientemente graves para tanto secreto.

—Imagino que el miedo a una imprudencia mía ha sellado vuestros labios; pero yo te juro que no soy tan ingenua, ¡sé que este

es el momento y estoy preparada para todo, sea lo que sea!

—Está bien, déjame unos minutos, necesito retornar a la época más amarga de mi existencia. Pero no quiero crear en ti un dolor innecesario ni un deseo de venganza.

María se sentía incómoda por el sufrimiento que estaba provocando en Rosario. Sabía que estaba haciendo un gran esfuerzo por mantenerse erguida, por tratar de sobreponerse a toda la crueldad vivida, que a su pesar aún habitaba en sus pensamientos. Siempre le había impresionado su gran fragilidad y la tristeza que reflejaban sus ojos, castaños, en infinidad de ocasiones. Tratando de suavizar la tensión la invitó a responder:

—Rosario, ¿cómo conociste a Pablo?

—Cuando Pablo y Marta se casaron vinieron a vivir al edificio donde mi marido, mi suegra y yo éramos los porteros. Cuando Marta quedó embarazada me propusieron hacerme cargo de las tareas del hogar, lo que hice encantada, ya que durante esas horas me liberaba del aburrimiento de la portería. Para Pablo mi presencia en la casa era un alivio, ya que su tiempo, debido a su trabajo, se veía muy reducido en el ámbito familiar. Después de nacer Carlos el trabajo se multiplicó y mi estancia en la casa también, la armonía y la felicidad se reflejaban en ellos.

En 1934 toda la paz que reinaba en el hogar comenzó a deteriorarse, la Revolución de Octubre en Asturias y la Declaración de Independencia de Cataluña tuvieron graves consecuencias para los españoles. A partir de estos acontecimientos unos se hicieron de izquierdas, otros de derechas y los menos trataron de no tomar partido ni por unos ni por otros. Dentro de esta minoría se encontraba Pablo, su actitud empezó a ser distante, incluso con los compañeros, ajeno a toda agitación se limitaba a sus traducciones.

—Háblame de tu familia.

María la miró abiertamente intentando abrir una nueva vía en el relato, pero su deseo había caído como un rayo a Rosario, cuyo rostro estaba tan pálido, tan desencajado que con un hilo de voz atinó a decir:



—Ay, madre mía, vamos a dejarlo, por favor.

La rigidez de Rosario cedió ante las caricias de María, que, suavemente, como en un susurro le dijo:

—De acuerdo, vamos a comer y a descansar.

María era consciente de que la mente de Rosario había ocultado unos recuerdos demasiado dolorosos para ella. El tiempo había suavizado el odio y el deseo de venganza, en ocasiones tan poderoso como para no importarle la muerte de sus enemigos. Ahora comprendía las cuatro palabras con las que siempre zanjaba la conversación —el canto del silencio— cuando ella intentaba obligarla a responder a sus constantes preguntas. Su estrategia siempre era la misma, el tararear cualquier sonido musical ininteligible.

La comida transcurrió tranquila. Rosario había recobrado el color y la serenidad se reflejaba en su rostro; a pesar de ello, María tomó la decisión de prolongar la espera hasta que Rosario decidiera hablar. Esta miraba a María sorprendida del cambio experimentado: la niña cuya languidez impedía percibir toda la belleza que tras esa imagen se encontraba se había convertido en una joven de cuerpo esbelto que armonizaba con un rostro de facciones perfectas en el que destacaba una mirada vivaz e inteligente. Un estremecimiento recorría noche tras noche el cuerpo de Rosario tratando de descubrir la forma más sencilla de contestar todas las preguntas que María continuamente le hacía. Estaba claro que el momento había llegado, pero luchaba por recordar sin oscurecer la razón.

Después de varias horas de descanso Rosario se levantó sin esfuerzo, como si una voluntad ajena a la suya elevara su frágil cuerpo. Su voz sonó grave al dirigirse a María:

—Sígueme a la salita, estaremos más cómodas.

Ya sentadas, una frente a otra, Rosario incitó a María a preguntar:

—Adelante, ¿qué quieres saber?

—¿Tienes familia?

—No, mi madre murió cuando yo nací, a mi padre no lo conocí, soy la consecuencia de una violación.

—¿Viven tus abuelos?

—No, María, mi abuelo era cabrero, la vida para él después de la muerte de mi madre dejó de tener sentido, abandonó sus quehaceres y dejó todo el cargo a mi abuela, que tenía que luchar para mantener nuestras necesidades básicas, además de aguantar las borracheras de su marido. Eso es lo que me contaba mi tía-abuela, Gabriela, que fue la que me cuidó en una casa de campo, cerca de Chinchilla, en la que vivían como caseros de una gran finca que atendían su marido y sus hijos. Cuando cumplí los dieciocho la dueña de las tierras les pidió que me permitieran marchar con ella a Madrid, como ayudante de la cocinera que tenían en la pensión perteneciente a su familia en la calle Embajadores. De esta forma llegué a Madrid, y allí conocí a José, que vivía con su madre en la portería del mismo edificio donde estaba la pensión. Nuestros primeros encuentros siempre parecían casuales: a la entrada o salida del edificio, en la escalera, los domingos en el Retiro donde iba a pasear con las compañeras que trabajaban conmigo; incluso en la cafetería en la que solíamos sentarnos a tomar algún refresco antes de volver a la pensión. Después de dos meses de encuentros el asedio se hacía cada vez más notable, las tres nos mirábamos extrañadas si tardaba en aparecer cerca de donde estábamos. A Lucía se le ocurrió que podíamos ponerlo a prueba, saldríamos de forma espaciada y en direcciones distintas las tres. Así lo hicimos el primer domingo de marzo: primero salió Merche, a continuación Lucía, después yo. Pisé la calle con tranquilidad pensando que todo se habría aclarado; apenas había avanzado un poco cuando unos pasos rápidos me alertaron de la presencia de José, que se colocó a mi lado y sonriendo me preguntó:

»—Rosario, ¿al Retiro?

»—Sí.

»—Yo también, llevamos el mismo camino, ¿podemos hacerlo juntos?

»—No.

»Mi respuesta fue tan tajante que yo misma me sobresalté al escucharme, pero él no se inmutó, siguió andando a mi lado sin

dar importancia a mi contestación. Su paciencia y perseverancia acabó por conquistar mi amor. Contrajimos matrimonio en mayo de 1931, año en que Clara Campoamor pudo, al fin, conseguir que las mujeres pudiésemos votar (cosa que yo no pude hacer, ya que tenía edad para prometerme a un hombre, pero no para elegir a mis gobernantes). Al casarnos José me pidió que dejara la pensión, su madre ya no se encontraba bien para atender la portería y él tenía que salir los días que lo necesitaba la empresa donde trabajaba de carpintero. Las horas que me quedaban libres las dedicaba a la casa de Pablo. Durante los dos primeros años de nuestro matrimonio no dábamos importancia a los cambios políticos. Tuvo que llegar la Revolución de Octubre para que todos los españoles pudiéramos percibir los gravísimos problemas en que estábamos inmersos. La tensión que se vivía en la calle se hacía insoportable. El miedo a una confabulación militar contribuyó a aumentar la psicosis, incluso entre familiares, amigos y vecinos.

—¿Cómo podíais soportar esa situación?

—En mi casa todos manteníamos una actitud bastante pasiva y discreta. Pero no ocurría lo mismo en el hogar de Pablo: las asiduas visitas de Marcelo, el padre de Marta, rompieron la armonía del matrimonio. Conocedor de las ideas políticas de su suegro, Pablo procuraba llegar a casa cuando consideraba que ya se habría marchado. En su última visita, en diciembre de 1935, muy ufano Marcelo esperó la vuelta de Pablo con un plan premeditado: utilizarlo como espía entre sus compañeros y amigos.

—Rosario, ¿cómo te enterabas de lo que ocurría?

—Porque la mañana siguiente a la marcha de Marcelo, mientras preparaba la ropa para vestir a Carlos oímos lamentos y voces que salían del despacho. Marta acusaba a Pablo de intransigente y desconsiderado, mientras él trataba de calmarla:

»—Marta, por favor, piensa bien lo que dices.

»—Tú desprecias a mi padre, olvidas que gracias a él te encuentras a salvo entre nosotros. ¿Sabes lo que le dicen sus amigos falangistas? “Marcelo, conocemos las ideas de tu yerno, será mejor

que alejes a tu hija y nieto de él si no quieres que corran su misma suerte”.

»—¿Qué quieres que haga? ¿Que denuncie a mis compañeros y amigos para complacer al fascista de tu padre, sabiendo que lo que pretenden es matarlos por tener distintos ideales políticos?

»—Por Dios, Pablo, están a favor de la separación de la Iglesia y el Estado, ¿no ves las barbaridades que están haciendo? Decide lo que haces, o estás con ellos o con nosotros.

»El llanto de Carlos cortó tajantemente la discusión. Yo intentaba calmarlo para llevarlo a su habitación, mientras le susurraba con dulzura:

»—Ya está, no pasa nada, vamos, cariño, todo se va a solucionar.

»Pablo se marchó para evitar seguir discutiendo, su rostro estaba lívido y descompuesto, mientras sus labios encajados retenían todo lo que deseaba decir. El día transcurrió en un continuo ir y venir de Marta, que no reclamó en ningún momento mi ayuda, con una energía impropia de ella preparó las maletas para su traslado y el de Carlos al caserón de su familia. Al anochecer, al poco de llegar Pablo, se presentó Marcelo para recogerlos. Vaciló antes de cruzar el umbral tratando de dominar el deseo de enfrentarse a Pablo. Los pasos de Marta detuvieron la amenaza. Se giró hacia su marido mostrándole todo su odio y desprecio. Las palabras de Marta cortan el cruce de miradas:

»—Carlos, despídete de papá.

»Acostumbrado a visitar con frecuencia el caserón, Carlos no dio mayor importancia a la separación. Se abrazó a su padre besándolo repetidas veces, mientras Pablo acariciaba sus cabellos estremeado por el dolor. Marta aceleró la despedida para no prolongar la situación:

»—Vamos, Carlos, da un beso a Rosario.

»Intenté acercarme a Pablo para darle ánimos pero con amabilidad me pidió que me marchara, que él estaba bien.

—Pero no estaba bien, ¿verdad, Rosario? —inquirió María.

—No, pero era comprensible que deseara estar solo.

—¿Tan mal estaban las cosas?

—Peor, el 14 de abril, aniversario de la República, se inició una constante guerra callejera, en la que los asesinatos y disturbios se extendieron rápidamente por calles y plazas. Una guerra que preparaba el terreno para la sublevación armada. Catedráticos, abogados y personalidades políticas eran víctimas de atentados falangistas. Ante estos actos el pueblo se manifestó violentamente, quemando algunas iglesias, casinos, centros de reunión de oficiales y falangistas. El caos en Madrid era horrible.

»A finales del mes de abril mi trabajo en el piso de Pablo ya se limitaba a la mañana de los sábados, suficiente para mantener la casa limpia y ordenada. La noche del último sábado del mes Pablo bajó a la portería para hablar con nosotros, su delgadez y la tristeza que reflejaban sus ojos nos alarmó. Los tres nos sentamos alrededor de la mesa, y Pablo inició la conversación:

»—Vengo a despedirme de vosotros, me marcho mañana.

»—Pero ¿por qué?

»—Tengo que buscar otro alojamiento, están siguiéndome desde hace una semana. Los atentados no cesan y las medidas para impedirlos son insuficientes.

»—¿Dónde vas a ir?

»—Es mejor que lo ignoréis, si lo creo conveniente os haré llegar noticias mías.

»El sonido de pasos en la entrada paralizó nuestros labios. Se oían voces de varios hombres, uno de ellos preguntó a mi suegra.

»—Señora, ¿dónde va?

»—A mi casa, soy la portera, vengo de atender a Eulalia, una vecina que está enferma.

»La salida de Federico, el hijo de Eulalia, cortó el interrogatorio.

»—Dejad en paz a la portera, es amiga de mi madre.

»—Íbamos a preguntarle por Pablo Díaz, el profesor.

»El gesto de mi suegra debió de ser tan inocente que la dejaron marchar sin esperar su contestación. Cuando abrió la puerta y entró apenas se mantenía de pie.

»—Vamos, madre, ya está, tranquila.

»—Hijo, Federico estaba con ellos, son falangistas. ¡Pablo, no puedes volver a tu casa, te están esperando!

»—Flora, ¿usted sabía que yo estaba aquí?

»—Sí, cuando llegó Federico iba a marcharme, pero oí que preguntaban a su madre si te había visto entrar o salir de la vivienda. Ella le ha contestado que no, justo en el momento en que tú bajabas las escaleras y llamabas a nuestra puerta.

»Los tres la abrazamos enternecidos, era una maravillosa persona, valiente, atrevida e inteligente, algo que quedó confirmado cuando nos dijo:

»—Vamos, vamos, ya está bien, tenéis que idear un plan para sacar a Pablo de aquí antes de que empiecen a registrar todas las viviendas.

»—Pablo, ¿tienes dónde ir?

»—Sí, José, aunque lo complicado es salir de aquí sin ser visto, porque no creo que esta gente se marche del edificio esta noche.

»Nos quedamos mirándonos sin saber qué hacer. Mi suegra se levantó con rapidez colocándose frente a José mientras le decía:

»—¡Por Dios, que una pobre vieja tenga que urdir un plan! José, ¿no tienes que sacar la basura?

»—Madre, no querrás que lo meta dentro del cubo.

»—Venga, hijo, venga, es lo bastante grande como para que quepa dentro. Míralo, si está delgadísimo.

»La idea funcionó. José pasó entre ellos empujando un gran cubo, y una vez en la calle buscó un lugar apartado para dejar salir a Pablo. Cuando volvió la búsqueda había comenzado, desde la última planta a la primera era imposible poner impedimentos al registro interior de las viviendas; al llegar a la portería no solo examinaron minuciosamente todos los rincones, sino que también nos amenazaron de muerte si nos negábamos a vigilar a nuestros vecinos.

—Después de aquel día ¿cuándo visteis de nuevo a Pablo?

—María, en otro momento te diré cuándo lo volvimos a ver, por favor. Esa noche fue terrible para nosotros, no nos preocupaba cuándo íbamos a ver a Pablo porque nuestra angustia se concentraba en si habría podido encontrar sitio donde esconderse o estaba herido o muerto por cualquier rincón de Madrid. La mañana siguiente José cogió sus herramientas de trabajo y sin decirnos nada se fue a casa de Sole, ella le comunicó que Pablo estaba bien. Cuando José volvió a casa los tres nos abrazamos llorando.

\*\*\*

—¡Arlette, Arlette!

—¿Qué pasa, Rosario?

—No armes tanto alboroto, María está dormida.

—María, ya está bien de dormir. ¡Arriba!

—Pero, Arlette, ¿qué te pasa?

—Rosario, déjala, ya estoy despierta. ¿Qué quieres, Arlette?

—Que me ayudes a limpiar y ordenar el despacho de Pablo.

—Está bien, después de desayunar lo haré.

—María, ya sabes que a Pablo no le agrada que toquen sus libros y apuntes, procura dejarlo todo como está.

—No te preocupes, Rosario, Pablo no notará ningún cambio.

Después de abrir el amplio ventanal la mente de María retornó instintivamente al día de su llegada a la casa. Recordaba la fascinación que sentía cuando entraba al despacho. Siempre colocaba el sillón del escritorio tras el ventanal y desde allí fijaba la mirada en el jardín comunitario, sobre todo en los dos rosales trepadores que se elevaban a ambos lados de la puerta de entrada. A la derecha un vientre de tierra poblada de raíces se abría para dar paso a una gran encina. Ahora lo veía todo exactamente igual, solo que sin la tristeza de entonces, sin el llanto con el que rociaba a su pequeña muñeca. En algunas ocasiones buscaba la compañía de la encina,

sabía que cuando se sentaba junto a ella y Pablo se daba cuenta se acercaba para intentar consolarla. El mostrar afecto no era algo habitual en él, pero su cercanía, la suavidad de su voz y la forma de acariciar su cabeza compensaban la carencia de besos y abrazos. La voz de Rosario la devuelve a la realidad:

—María, aquí traigo la escalera, la sujetaré cuando estés arriba.

Encaramada en los últimos peldaños va sacando los libros de derecha a izquierda, limpiando y volviendo a colocarlos en su sitio. Al terminar los cuatro estantes altos Rosario retira la escalera y más tranquila se dirige a sus ocupaciones. El resto de las baldas contenía apuntes de ciencias políticas, artículos y conferencias en español, francés e inglés. Nada parecía atraer la atención de María excepto un fino cuaderno escondido entre dos revistas de literatura. Al abrirlo, justo en la primera página aparecía el dibujo a lápiz de una bella joven. La siguiente página se iniciaba con un título: «Lo que he visto y vivido». De repente la voz de Arlette la sobresaltó:

—María, ¿has terminado?

—Sí, ya puedes limpiar el resto del despacho.

Apretó contra sí el bloc y aceleró los pasos hasta introducirse en su habitación. La letra era de Pablo y posiblemente el dibujo también. Inmediatamente se dispuso a la lectura del relato. Se iniciaba sin preámbulos, tras el título se encontraba la descripción del caserón:

*«El caserón del promontorio», como Marta solía llamarlo, poseía una estructura rústica, sólida, propia del dominio señorial santanderino, en la que se mezclaban elementos rurales de la zona. Su visión siempre me impresionaba, la fusión con el entorno casi virgen producía un efecto liberador del estrés de la ciudad. En la fachada principal destacaba un amplio porche, con toscos bancos de piedra, protegido de la lluvia por un tejado, pero totalmente abierto al exterior. El acceso a la vivienda se realizaba a través del porche, que comunicaba con el vestíbulo en torno al cual se articulaba la distribución de las distintas dependencias. La planta superior estaba destinada a los dormitorios. Mis recuerdos no alcanzan para detallar aquellas estancias, que solo visité en un par de ocasiones; lo que tengo muy presente es el salón donde Eugenia pasaba parte*



de su tiempo. Poseía un amplio ventanal que cubría casi toda la pared frontal. La luz se filtraba a través del brocado de la cortina con suaves tonalidades, que servían a Eugenia para imaginar bonitas figuras —sobre todo de pájaros y mariposas—. Esta era mi estancia preferida para esperar a Marta. Eugenia parecía no darse cuenta de la presencia de los demás, se entretenía jugueteando con sombras imaginarias o cantando canciones infantiles mientras se mecía con suavidad en un sillón. Todos silenciaban los motivos que habían llevado a Eugenia a ese estado, incluso Marta estaba obligada, por decisión de su padre, a callar.

A menudo me preguntaba si el aislamiento del caserón, situado al norte de las pequeñas aldeas diseminadas por el valle, habría influido en el desarrollo de su demencia. Pero ese pensamiento fue desapareciendo para dar paso a la certeza de que no era ni el lugar ni el caserón, sino la persona que tenía el gobierno de todo lo que se movía dentro y fuera de él. «El Halcón», como los aldeanos habían bautizado la finca, solo estaba destinado al cacique que con engaños se había apoderado de ella.

Las visitas al caserón dependían de las obligaciones de Marta y Sole como estudiantes de enfermería, esa era la excusa con la que trataban de convencerme. Pero la realidad era otra, se habían acomodado desde los ocho años en Santander con Mercedes, la madre de Sole, en una alegre vivienda en la calle medieval cerca de correos y de la catedral. De esta forma dejaban de sufrir por el mal comportamiento de Marcelo con Eugenia, la crueldad con los obreros, incluso el autoritarismo empleado con ellas y con Mercedes.

El 24 de abril de 1932 apareció muerta Eugenia, según Marcelo al intentar escapar a caballo del caserón hacia alguna de las aldeas del valle de Cabuérniga. Al conocer la noticia nos pusimos de inmediato en marcha. En cuanto llegamos Mercedes se separó de nosotros para buscar al doctor Jiménez, que estaba en el despacho con Marcelo, y sin pensar en las consecuencias abrió la puerta y se encaró con ellos. Al verla marchar Sole intentó seguir a su madre, pero Marta se abrazó a ella temblando, impresionada por el aspecto fámélico de Eugenia. Sole giró su mirada hacia mí indicándome que siguiera a su madre, y así lo hice. En la puerta del despacho quedé totalmente paralizado, Mercedes pedía explicaciones del estado físico de Eugenia y del porqué de su huida de la casona. La contestación de Marcelo no se hizo esperar:

—Maldita seas, perra, tú quién eres para pedir nada.

—Yo se lo explicaré, vamos, ¡suéltala! —espetó el doctor Jiménez.

—Soy la madre de tus hijas, y como tal puedo hundirte en la puta miseria. Su voz sonaba temblorosa, como si la estuvieran agitando. Pero no la del médico:

—¡Suéltala! o te juro que vas a la cárcel, aunque yo vaya contigo.

Yo era incapaz de mover una sola mano para abrir la puerta. Sole lo hizo por mí; no había percibido su llegada, pero debió escuchar la discusión porque su cara estaba lívida. Llamó a su madre con insistencia:

—¡Mamá, mamá, tienes que venir rápida, Marta no se encuentra bien!

Después del entierro volvimos a Santander. Una vez allí mientras Mercedes ayudaba a Marta, Sole y yo pudimos hablar con libertad. Las decisiones que tomamos fueron claras y rotundas: al término de los exámenes de la carrera Sole se quedaría en Santander con su madre. Por mi parte, la única solución consistía en casarme con Marta y llevarla a Madrid conmigo, y así lo hicimos.

La llamada de Rosario interrumpe su lectura:

—María, sal un momento, te busca Paul.

—Vaya, ¿qué pasa, Paul?

—Pablo me ha llamado para que recoja un bloc de la librería, Rosario dice que tú la has limpiado. Si no te importa me lo das, necesito las anotaciones que hay en él.

—Tú, ¿por qué?

—Porque Pablo me ha pedido que investigue varios asuntos. Supongo que has leído lo que hay anotado.

—Sí, pero aún no he terminado, pasa, lo tengo en el escritorio.

—Solo necesito el mapa, en él va indicado el lugar exacto de la casona y las aldeas más cercanas. El resto ya lo he visto, me lo enseñó Pablo antes de marchar. Además me dio los datos de las personas que tengo que buscar para que me proporcionen la información necesaria.

—¿Vas a buscar a Sole y a su madre?

—No es necesario, Pablo ya sabe dónde están.

—¿Entonces cuándo te marchas a Santander?

—Esta noche, ya tengo las maletas preparadas.

—¿Pero allí estarán Carlos y Marta?

—No lo creo, Carlos está estudiando en Madrid, y su madre vive con él.

—Paul, ¿tienes conocimiento de todo lo que ha ocurrido durante los años de la Guerra Civil?

—Sí, además de las informaciones que llegan de los contactos, yo también he viajado a España en algunas ocasiones.

—Si la guerra acabó hace once años ¿por qué los exiliados aún no pueden volver a su país?

—Porque el poder sigue alimentado el odio hacia los vencidos, ten en cuenta que estamos ante una dictadura y cualquier indicio de una ideología distinta a la fascista significa la cárcel o la muerte.

—Me gustaría acompañarte, Paul, necesito buscar a mis padres.

—Otra vez será, María. Toma el bloc y colócalo en su sitio, y cuando llegue Pablo no lo presiones demasiado, él te contará todo lo que quieres saber cuando lo crea conveniente.

El gesto compungido de María alerta a Paul de su enfado y acercándose a ella susurra suavemente en su oído:

—¿No vas a desearme suerte?

Desarmada María alza los brazos a su cuello para besarlo repetidas veces en las mejillas.

—Vaya, no está nada mal, ¿repetimos...? Demonio de chica, ¡María, que me vas a arrancar las orejas!

—Eres un zorro, anda, márchate ya.

María recordó que hacía varios meses desde la última visita de Paul, también los horarios tan extraños en los que solía aparecer, entre tres y cinco de la madrugada. Pensaba cómo a pesar de la hora Arlette y ella acudían rápidamente al oír la puerta, sabían que solo podía ser él; sus besos y abrazos terminaban siempre al escuchar la voz de Pablo: «Ya está bien, a la cama».

María sentía que tanto Paul como las circunstancias habían cambiado, su llegada a plena luz del día así lo indicaba. Físicamente estaba más delgado y moreno, había perdido el aspecto desaliñado

y ausente de antes para convertirse en un hombre elegante y atractivo; lo que no había cambiado era su mirada, aparentemente seria pero con una chispa irónica.

La llamada de Rosario la devolvió a la realidad:

—María, ¿vienes a comer?

—Voy enseguida, cuando guarde unas notas en la librería.

Al llegar a la cocina sus gestos y sonrisas la desconciertan.

—¿Qué pasa, de qué os reís?

—De nada, niña, de nada.

—Calla, Arlette. Rosario, ¿a qué viene tanta guasa?

—Porque Paul nos ha pedido que no te dejemos salir sola, que eres una niña guapísima.

—¿Yo, una niña?, ¿será posible?, la próxima vez que venga es capaz de traerme un chupete.

Durante toda la comida las bromas y las risas son continuas. Al terminar María intenta levantar a Rosario, pero Arlette se lo impide:

—¿Dónde vais? Después del tiempo que nos conocemos todavía no confiáis en mí.

—No es eso, Arlette, son historias de nuestro pasado.

—Bueno, yo también tengo una historia, si os parece bien os la cuento.

—Claro que sí, Arlette, te escuchamos.

—Antes de empezar me presentaré, mi verdadero nombre es Elena, soy exiliada, como vosotras. Mi madre es enfermera y al comenzar la guerra se afilió a la Cruz Roja y mi padre pertenecía a la plantilla del ayuntamiento de Bilbao. Tras el bombardeo de la ciudad, el cuatro de enero de 1937, el Departamento de Asistencia Social del Gobierno Vasco organizó una expedición a Francia. Mi padre logró introducirnos: a mi madre como enfermera y a Paul y a mí como ayudantes. Los padres de Paul no pudieron embarcar, su padre trabajaba en el hospital como médico, sentía que su obligación era atender a los enfermos. Su madre no quiso abandonar ni a su marido ni a sus padres.

»Embarcamos en Bermeo a bordo del destructor inglés Camp-

bell, el 20 de marzo de 1937. Ya en Francia desembarcamos en la isla de Oléron, en la localidad de Boyardville, donde nos instalaron en la colonia llamada Maison Heureuse. Nuestra estancia allí fue tranquila, a pesar de nuestras obligaciones, como ayudantes de cocina y cuidadores de los niños menores de siete años. Después de varias semanas se nos informó de nuestro traslado a otros lugares de acogida. Para ello hicieron varios grupos, a nosotros nos correspondió Bordeaux, una colonia atendida por el doctor Estrada. Se nos acomodó en el pabellón de los niños menores de siete años. Mi trabajo consistía en el arreglo de las camas y la ayuda en el comedor.

—¿Y Paul qué hacía?

—Sus tareas se las marcaba Pedro, el maestro, aunque solo se quedó en la colonia hasta finales de 1938.

—¿Por qué?

—Porque el doctor Estrada le presentó a un joven que le mandó el doctor Gálvez, que iba reclutando otros jóvenes para intervenir en los enclaves de las guerrillas antifranquistas de Toulouse y Perpignan.

—¿Se marchó con él?

—Sí, a pesar de que le pedimos que no lo hiciera.

»Al llegar a las guerrillas los dos se dieron a conocer como Pierre y Moreno, ocultando sus verdaderos nombres para no implicar a nadie en los actos que llevaban a cabo en la resistencia. Su marcha y la de mi madre rompieron mi estabilidad. Pocas semanas después de la partida de Paul nos llegaron noticias de que las autoridades habían fomentado el traslado de los refugiados a terceros países, sobre todo de América Latina, o el retorno a España. En diciembre de 1939, mi madre habló con el doctor Estrada para que me buscara una familia que me acogiera hasta que ella pudiera reclamarme.

—¿Volvió tu madre por ti?

—No pudo, marchó con otra enfermera a Lescar, un pueblo del Pirineo francés, donde la Cruz Roja les dio albergue en una casa abandonada, casi en ruinas. En ocasiones se desplazaban a

otros pueblecitos, sobre todo a Mozac, donde solían dormir junto a los refugiados en su castillo. El doctor Estrada me llevó a la casa de campo de sus suegros, situada a las afueras de Bordeaux. Al ser dos personas mayores mi ayuda era para ellos un alivio, tanto que regularizaron mi situación inscribiéndome como perteneciente a su familia con el nombre de Arlette... El resto de los refugiados que quedaron en Francia iniciaron su vida en la clandestinidad.

—¿Cómo te llegaban las noticias de tu madre?

—En ocasiones gracias a compañeras de la Cruz Roja, otras por mediación de Paul a través de sus enlaces en la zona donde estábamos. Las últimas noticias me llegaron después de que cruzara los Pirineos franceses para introducirse en Bilbao en un camión que transportaba medicamentos para un hospital de campaña. Su idea era llegar hasta Gijón, de donde son la familia de mi padre y la suya. Bueno, ya conocéis mi historia, espero que de ahora en adelante no desconfiéis de mí.

—¿Pablo también la conoce?

—Claro, María, fue Paul quien me trajo aquí tras informar a Pablo sobre nosotras. Después de unos meses de adaptación le pidió que me acogiera hasta que pudiera trasladarme con mi familia a Gijón, ya que mi madre estaba cuidando a su padre, que estaba muy enfermo. Y aquí estoy esperando que llegue el momento de volver a mis raíces. Rosario, ahora puedo escuchar el resto de tu historia hasta conocer a Paul.

—Vale, Arlette, pero tengo que retroceder hasta la marcha de Pablo de su casa. A partir de entonces los disturbios dieron lugar a centenares de tiroteos y decenas de muertos. La economía se hundió por el cierre de fábricas, comercios y talleres. Uno de los que cerraron fue el taller donde trabajaba José. Desde ese momento solo disponíamos de lo poco que recibíamos de la portería y lo que yo ganaba ayudando en la pensión, donde me había incorporado al dejar la casa de Pablo. Allí solo quedaban la dueña, la cocinera y Lucía; para ellas fue un alivio mi vuelta, para nosotros también fue importante porque gracias a los proveedores que abastecían a

la pensión podíamos conseguir los alimentos básicos para nuestra manutención. A pesar del caos que vivíamos en Madrid por los enfrentamientos entre los milicianos y los grupos partidarios de la sublevación militar, el hostel seguía manteniendo algunos de sus clientes más habituales. Durante años se habían acostumbrado al trato familiar por parte del servicio y a la consideración en cuanto al precio de su estancia, una situación que cambió con la investigación de los miembros del Comité del Frente Popular sobre el personal y los clientes de la pensión. El hecho de ser personas mayores evitó un comportamiento brusco. Satisfechos de lo que habían comprobado ordenaron la asignación por nuestra parte de habitaciones para el nuevo personal del Hospital Clínico San Carlos.

»A partir de ese momento todo empezó a complicarse. La vivienda que había dejado Pablo la habían ocupado unos amigos de Federico, que estaban afiliados a Falange. Algunos de ellos iniciaron un seguimiento continuado del personal de San Carlos ubicado en la pensión hasta averiguar que pertenecían al Partido Comunista. La atmósfera que flotaba era desagradable, angustiosa; el miedo se palpaba en todos los rincones del edificio, aunque unos y otros evitaban el enfrentamiento dentro. Pero en las calles adyacentes la lucha era constante. La muerte de una de las enfermeras y un ordenanza del Clínico en uno de los enfrentamientos provocó el encarcelamiento de Federico y sus amigos.

—Rosario, ¿qué les pasó?

—No lo sé, María, su madre se marchó con un familiar y ya no tuvimos más contacto con ella. Al día siguiente nos llamó muy temprano la dueña de la pensión, la señora Ángeles, pues sus hijos a raíz de lo que había sucedido decidieron llevársela a la casa de campo que tenían en Chinchilla, cosa que ella aceptó con la condición de que pudiéramos acompañarla nosotros. El problema se encontraba en la forma de evacuar la pensión: después de lo ocurrido las enfermeras habían decidido recoger sus pertenencias y trasladarse a las habitaciones que habían abandonado las monjas

en el Clínico, pero los huéspedes mayores no tenían dónde ir. Solo nos quedaba una salida, tratar de instalarlos en otra pensión.

—Entonces no os marchasteis ese día.

—No, pensábamos salir al día siguiente. Mientras José y su madre preparaban nuestras maletas, en la pensión hacíamos lo mismo con las pertenencias de los huéspedes. Al oscurecer salimos Lucía y yo con las personas que íbamos a instalar en una pensión de la calle Gobernador. Los huéspedes Lucas y Félix se convirtieron en nuestros guías: mientras Lucas nos dirigía, dando rodeos por calles solitarias, Félix vigilaba cualquier movimiento extraño. Cuando llegamos a la pensión nos pidieron que acomodáramos sus cosas en los armarios y así lo hicimos. Al terminar intentamos encontrar a alguien que dispusiera de vehículo, pero nadie se atrevió a salir a las diez de la noche, por miedo a cualquier ataque.

—¿Qué hicisteis?

—¿Qué podíamos hacer? Salir a la calle y hacer el mismo recorrido a la inversa, solo que la oscuridad daba un toque tenebroso y fantasmagórico a nuestros pasos. Íbamos observando las aceras con más entradas para escondernos en caso de necesidad.

—¿Os tuvisteis que esconder en alguna?

—Sí, en la calle anterior a la nuestra, justo casi al final escuchamos gritos, carreras y disparos. Aterradas nos metimos en una entrada, bajo el hueco de la escalera, prensadas y abrazadas como dos criaturas. Cuando dejamos de escuchar el griterío salimos fuera y con un miedo terrible nos introdujimos en nuestra calle. En la cercanía a nuestro edificio una extraña angustia empezó a apoderarse de mí, Lucía repetía una y otra vez:

»—Rosario, Rosario, ¡vamos, vamos! Ya estamos aquí.

»Después de escuchar la primera llamada de Lucía tan solo percibía sonidos ininteligibles. De pronto una sombra se plantó ante nosotras y una voz clara y enérgica pronunciaba mi nombre:

»—Rosario, soy Pablo, ¡abre los ojos!

»El traqueteo al que me tenían sometida los dos terminó por hacerme reaccionar. Como pude pregunté a Pablo:



»—¿José y su madre están bien?

»Su silencio se me hizo eterno, debí de desmayarme porque cuando desperté me encontraba tendida en la cama de mi habitación. Lo primero que vi fue a Pablo sentado a mi cabecera con una esponja húmeda en las manos, su rostro estaba pálido y su voz llegaba hasta mí como un susurro:

»—Rosario, tenemos que marcharnos de aquí, Lucía ya ha recogido tus cosas, solo falta la documentación. ¿Dónde la guardas?

»—En el fondo del armario de la habitación de mi suegra.

»Entre los dos me levantaron y me sacaron fuera del edificio, pegado al portal nos esperaba un coche en marcha, con Sole al volante. Primero dejó a Lucía en la Cuesta de la Vega, en casa de unos amigos; después nos llevó a nosotros a la Puerta del Sol, a un piso que aún permanecía intacto, que Pablo compartía con dos amigas. No sé lo que me hicieron tomar para mantenerme dormida hasta una hora antes del entierro de José y su madre.

—Rosario, ¿después te marchaste a Chinchilla?

—No, Arlette, Pablo no me dejó marchar, quería encontrarme un sitio seguro. A pesar de la incapacidad en la que me encontraba logré comprender su explicación:

»—Rosario, los dos nos encontramos en peligro, nos vamos al piso que comparto con dos amigas. Son periodistas extranjeras, mientras ellas estén allí habrá más seguridad para nosotros.

»Pablo sabía que yo no tenía dónde ir, además desconfiaba de mi cordura después de las circunstancias tan crueles por las que acababa de pasar.

—Entonces te encontrarías siempre acompañada.

—No, María, las dos chicas francesas no pertenecían a ningún diario ni revista, eran periodistas errantes que habían llegado a España intentando alcanzar notoriedad junto a alguno de los corresponsales extranjeros. Su rutina diaria transcurría entre el edificio de la Telefónica, donde los periodistas tenían su propia sala de trabajo, y el Hotel Florida, donde se hospedaban los corresponsales extranjeros, con los que ellas alternaban a diario. Solo llegaban a la casa cuando tenían que recoger alguna cosa.